

Conspiraciones de la memoria: una mirada autoetnográfica a mi vida de estudiante en la URSS

*Eugenia Martín Moreno*¹
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
(UAM-X)

Resumen

En 1983 obtuve una beca para realizar estudios de posgrado en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Entusiasmada por conocer el socialismo real sobre el que tanto había leído y estudiado en mis cursos de marxismo, me desplacé hacia el otro lado del mundo dejando familia, trabajo y amigos. La experiencia del desplazamiento, por su duración y contexto, necesariamente trastocó y resignificó muchos de mis conceptos sobre el amor, la familia, la amistad, la solidaridad, la libertad, lo académico y lo político. El proceso de adaptación requirió movilizar recursos físicos, intelectuales y emocionales para aprender el idioma, sobrevivir al clima, asimilar la comida y vivir la competencia al interior de la universidad, en un entorno determinado por la ideología partidista comunista. Aprovechando las posibilidades que ofrece la autoetnografía, reflexiono sobre estas experiencias personales evocando algunos pasajes que marcaron significativamente mi vida.

Palabras clave: autoetnografía, viaje, URSS, experiencias

Conspirações da memória: um olhar autoethnographic na minha vida de estudante na URSS

Resumo

Em 1983, obtive uma bolsa pra estudos de pós-graduação na União das Repúblicas Socialistas soviéticas (URSS). Tentando conhecer o verdadeiro socialismo sobre o qual eu había lido e estudado tanto nos meus cursos de marxismo, mudei-me para o utro lado do mundo deixando minha família, o trabalho e meus amigos. A experiência de deslocamento, devido à sua duração, contexto, necessariamente interrompeu e ressignificou muitos dos meus conceitos sobre amor, família, amizade, solidariedade, liberdade, acadêmicos e políticos. O processo de adaptação exigia a mobilização de recursos físicos, intelectuais e emocionais pra aprender a língua, sobreviver ao clima, assimilar a comida e viver a competição na universidade, num ambiente determinado pela ideologia do partido comunista. Aproveitando as possibilidades oferecidas pela autoetnografia, reflito sobre essas experiências pessoais, evocando algumas passagens que marcaron significativamente minha vida.

Palavras chave: autoetnografia, viagens, URSS, experiências

Conspiracies of memory: An autoethnographic look at my life as a student in the USSR

Abstract

In 1983 I received a scholarship to pursue postgraduate studies in the Union of Soviet Socialist Republics (USSR). Excited to get to know “real socialism”, about which I had both read and studied in my courses on Marxism, I moved to the other side of the world leaving family, work

¹ Dra. en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia. eugeniarusia@gmail.com



and friends. The experience of displacement, due to its duration and context, obviously altered the meaning for me of concepts such as love, family, friendship, solidarity, freedom, academia and politics. The process of adaptation required mobilizing physical, intellectual and emotional resources to learn the language, survive the weather, assimilate the food and compete intellectually within the university, in an environment marked by Communist Party ideology. Taking advantage of the possibilities offered by autoethnography, I reflect on these personal experiences, evoking some moments that significantly marked my life.

Key words: autoethnography, trip, USSR, experiences

Llegada a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: septiembre, 1984

Lo primero que llamó mi atención cuando llegué a Moscú, fue la falta de luz. Cruzábamos la ciudad desde el aeropuerto hacia el campus universitario en un pequeño autobús, y noté que la poca luminosidad se debía a la ausencia de anuncios espectaculares. Recuerdo que la ciudad se veía gris y yo me sentía cansada del largo viaje y abrumada por todos los trámites migratorios. Fue en ese autobús, observando a través de la ventana, que tomé conciencia por primera vez de que ya me encontraba al otro lado del mundo. Había dejado mi país, a mi familia, amigos y trabajo con la finalidad de estudiar en un país socialista: Moscú me recibía con sus banderas rojas, la hoz y el martillo como símbolos inequívocos del triunfo del proletariado y las esculturas monumentales de Marx, Lenin y Stalin.

A diferencia de algunas compañeras y compañeros que parecían eufóricos ante la novedad de vivir “la experiencia socialista”, los primeros meses fueron muy extraños para mí. Me sentía más bien expectante, alerta, tratando de asimilar y entender la nueva dinámica de mi vida. Una mezcla de sentimientos encontrados ponía a prueba mi ideología comunista y me confrontaba con la realidad. En esos momentos de gran incertidumbre recordaba a mi padre, republicano, español y comunista, quien me había apoyado y alentado a realizar el viaje. Evocaba sus palabras cuando en situaciones complicadas decía: “Hija mía no te preocupes, más se ha perdido en la guerra”. Cuando me despedí de él pocas horas antes de abordar el avión, no sabía, no podía imaginar, que aquel fuera el último adiós.

En este ejercicio de la memoria, siempre fragmentario y reconstruido desde mi presente, destaco algunos momentos, pasajes y experiencias que reflejan mi vida de estudiante en la URSS entre los años de 1984 y 1986. Situaciones que muestran no sólo los desafíos que implicó vivir en una sociedad como la soviética, sino sobre todo porque develan mis dudas, miedos e inseguridades así como también los recursos y las habilidades que desarrollé para sobrevivir en un entorno difícil. ¿Fue una experiencia de sobrevivencia? Tal vez, aún hoy me despierto, sobresaltada, de un sueño recurrente donde me pierdo en el metro de Moscú. En el sueño recorro las estaciones buscando la salida y cuando finalmente la encuentro, me veo entre la oscuridad invernal y el resplandor de la nieve que cubre toda la ciudad.

La Universidad Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba

Esta universidad fue creada en 1960 para apoyar a los países considerados entonces tercermundistas, de África, Asia y América Latina. Hasta 1991 llevó el nombre de Patricio Lumumba, como un símbolo de la lucha de los pueblos africanos por obtener su independencia y





libertad. Por medio de becas muy generosas, el gobierno y el Partido Comunista de la Unión Soviética que eran para efectos prácticos lo mismo, ofrecían oportunidades de formación a jóvenes provenientes de estos países para estudiar diferentes carreras en el nivel técnico, de licenciatura y posgrado. Su finalidad no era exclusivamente de naturaleza formativa, internacionalista y solidaria, también se buscaba la formación de cuadros políticos.

Las distintas facultades que conformaban la Universidad se encontraban repartidas a lo largo y ancho de la ciudad, y por la disciplina que yo había elegido, Economía, me correspondía estudiar en un edificio relativamente nuevo para esa época, donde se concentraban la Rectoría, la administración central y la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades. Este se ubicaba en una zona residencial dentro de Moscú, pero retirada del centro y la Plaza Roja. Se le llamaba la Calle 42 o *Miklujo Maklaia*.

A partir del segundo año y una vez logrado un manejo regular del ruso, los extranjeros compartíamos ya las clases con los estudiantes soviéticos quienes provenían de todas las repúblicas y reflejaban el abigarrado mosaico de culturas, etnias, lenguas y costumbres que era la URSS en los años ochenta. Las clases iniciaban temprano por la mañana y terminaban alrededor de las tres de la tarde, pero siempre había actividades académicas y políticas a lo largo del día. En el invierno cuando los días eran muy cortos, llegábamos a las clases todavía de noche y con temperaturas que oscilaban entre los menos 5 y menos 10 grados bajo cero. Al traspasar la doble puerta, que caracteriza a la mayoría de los edificios moscovitas, se encontraba una ante un inmenso guardarropa donde entregábamos el abrigo, la gorra, la bufanda y los guantes. Al término de la jornada escolar “el ritual del abrigo” volvía a repetirse, esta vez para pedirlo, abrigarse y salir a una noche anticipada, cuyo resplandor provenía de la blanca nieve que lo cubría todo.

A la usanza tradicional, el ritmo de las clases se pautaba por un lado, por la exposición del profesor -quien a manera de cátedra presentaba los contenidos del curso-, y de otro, por las pocas participaciones de los alumnos, que en realidad no eran otra cosa que preguntas. A pesar de que éramos estudiantes de ciencias sociales, había escaso estímulo a la participación y menos aún al debate. La autoridad de los profesores era casi incuestionable y podría decir que un tufillo de censura permeaba las aulas, sobre todo por la presencia de estudiantes pertenecientes a las juventudes comunistas, quienes vigilaban de manera sutil a sus compañeros soviéticos. A los extranjeros no nos ponían mucha atención en este terreno, además de que como estudiantes enfrentábamos otros desafíos y dilemas tal vez “menores”, pero que tenían que ver con la sobrevivencia académica: poder argumentar y redactar correctamente un ensayo o pasar los exámenes finales. Me recuerdo atenta a las clases, más bien callada, agradeciendo que no me preguntaran, que los maestros no me miraran, preguntándome a veces: ¿qué carajos hago aquí? En este contexto empecé a tener mis primeras amistades soviéticas, quienes me ayudaron para sortear las dificultades del idioma. También conocí a personas que no veían con muy buenos ojos la presencia de extranjeros y aunque no de forma personal, sí se sentía en ocasiones una actitud xenófoba, en una universidad que propiciaba la “Amistad de los Pueblos”.



Aprendiendo el ruso

El primer reto académico que tuve que enfrentar fue el aprendizaje del idioma. Era la llave para comunicarme, entender las clases, leer los materiales de estudio, comprar los alimentos, entrar a los museos, asistir al teatro, el cine, *ballet*, resolver una emergencia médica y dar la batalla diaria con las *babushkas*, las abuelas que trabajaban como conserjes en los edificios. Generalmente malhumoradas, nos gritaban todo el día y amenazaban con su bastón. Pronto aprendí que a ellas había que sobornarlas con un poco de cariño y paciencia, o pequeños regalitos que, sobre todo los estudiantes latinos, les obsequiaban para tener entrada libre a los dormitorios de las mujeres.

En términos escolares, el primer año de mi estancia consistió en el estudio intensivo del ruso. Todos los días de lunes a viernes, en un horario de 8 a 2 y luego de 4 a 6, el grupo de estudiantes extranjeros nos concentrábamos en conocer su alfabeto, tanto morfológica como fonéticamente. Ello representó un gran esfuerzo físico y mental. Literalmente me implicaba hacer un cambio neurológico y producir sonidos hasta entonces desconocidos. Teníamos varias profesoras que nos enseñaban la gramática y fonética, pero también teníamos clases de matemáticas, historia y geografía de la URSS. Tengo recuerdos entrañables de mis maestras de ruso, con sus trajes sastres pasados de moda y sus abrigos negros, quienes día a día llegaban puntualmente y con infinita paciencia nos compartían las claves de su idioma, nos escuchaban destrozarlo y corregían a detalle los trazos de las letras. Me recuerdo en la biblioteca, con los cuadernillos de doble raya y la pluma fuente escribiendo planas del alfabeto cirílico. De esa época viene mi gusto por las plumas fuentes.

Una de mis profesoras se llamaba *Ludmila Ivanobna*; de origen judío, de estatura pequeña, muy blanca, con ojos azules y una mirada muy dulce. Era estricta y de carácter firme producto, según ella contaba, de haber vivido la Segunda Guerra o la Gran Guerra Patria, como los soviéticos le llamaban. La maestra de fonética, a quien le decíamos “la garzita” por alta y delgada, era mucho más relajada, pero su clase era difícil por la complejidad del lenguaje en cuanto a pronunciación se refiere. Cada vez que nos equivocábamos, golpeaba la mesa con sus largas y huesudas manos y había que repetir la oración una y otra vez. Algunas tardes nos quedábamos a realizar trabajo extra para la clase de matemáticas (álgebra y cálculo). Las horas transcurrían lenta y tediosamente, y yo consideraba todo ello como una gran pérdida de tiempo. Nuestra maestra se llamaba *Constantina Korneva* y sus palabras aún resuenan en mi memoria: “Sigán trabajando, no desfallezcan, ¿qué hubiéramos hecho si nos damos por vencidos en la guerra?”

Mis maestras de ruso han sido las mejores que he tenido a lo largo de mi vida. Estaban tan bien preparadas tanto en lo teórico como en lo metodológico, que lograron que personas que provenían de diferentes continentes, con lenguajes tan diversos, pudiéramos aprender el idioma. Las recuerdo con enorme cariño, agradecimiento y profundo reconocimiento a su labor.



La embajada mexicana en Moscú, el “enemigo”

Algunos de los mexicanos que llegamos a *la Lumumba* como solíamos llamarle, habíamos obtenido la beca gracias a la intervención y apoyo del hoy extinto partido socialista unificado de México (PSUM). Por ello no era bien visto por los colectivos de mexicanos que ahí se encontraban, se estableciera relación alguna con la embajada mexicana a quien identificaban como el *enemigo*, puesto que representaba a un Estado capitalista. En un claro desafío a la mayoría que consideraba políticamente incorrecto tener nexos con la embajada, yo asistí en varias ocasiones a su biblioteca para solazarme en la lectura de novelas en español. Era una actividad solitaria que disfrutaba enormemente no solo por la lectura en sí misma, sino también porque de forma extraña me acercaba a mi país, que la mayoría de las veces me parecía desdibujado y lejano. Fue también aquí, en uno de sus salones monumentales, donde una maravillosa mañana invernal contraí matrimonio. Ese día me puse una falda de lana color vino, una blusa vaporosa de seda, -que no era tan apropiada para el clima- pero decidí usarla de último momento, porque tenía el toque festivo que ameritaba la ocasión y por supuesto, mi abrigo. Minutos antes de salir, me miré al espejo, pensé en mi familia y apreté el paso porque no quería llegar tarde al día de mi boda.

Los dormitorios en el campus universitario

Durante el primer año en viejos edificios de los años cincuenta, yo compartía una habitación con tres compañeras más: dos provenían de Angola y una de Brasil. Cuando nos llevaron a nuestra habitación lo primero que vi y que recuerdo con gran nitidez, era un cuarto grande, con amplios ventanales, las paredes un tanto despostilladas, cuatro catres con sus respectivos colchones, dos mesas y algunas sillas. Al abrir los closets, varias cucarachas salieron en estampida. De las ventanas colgaban tiras de *masking tape* y bolas de algodón, primer misterio que resolvería meses después. Los baños y las cocinas se encontraban al final del pasillo y las regaderas se ubicaban en el sótano. Los baños eran unisex y no tenían excusados, sino un orificio en el piso y dos huellas que indicaban el sitio para poner los pies. Con el tiempo aprendí la técnica adecuada para usarlos, calculando la distancia correcta con una precisión casi matemática. Los sótanos me recordaban las películas de miedo por lo que, sobre todo al principio, las compañeras nos organizábamos en grupo para bajar a bañarnos.

Los primeros días habían pasado muy rápido, con muchas novedades, así que la llegada a mi habitación me confirmó, por segunda vez, mi nueva realidad. Esa noche lloré ante la certeza de que no habría retorno. A pesar de las dificultades que implicaba la vida cotidiana, logré establecer con mis compañeras de cuarto una amistad duradera que se consolidó por las duras pruebas que tuvimos que enfrentar: la enfermedad, la nostalgia, la soledad, el desarraigo y la intolerancia. Uno de mis primeros aprendizajes fue revalorar la amistad. Aprendí por un lado, que las amistades se vuelven imprescindibles para la sobrevivencia material y espiritual, pero también conocí de la traición y la competencia desleal. Posteriormente mejoraron mis condiciones de vivienda y tuve la oportunidad de vivir con mi pareja en un espacio que limpiamos, pintamos y acondicionamos con los pocos recursos que teníamos. Se volvió mi refugio y también se convirtió, con el tiempo, en un lugar de reunión donde amigos y camaradas buscábamos arreglar el mundo.





El comedor obrero

La Universidad contaba con un comedor grande y una cafetería donde se servían diferentes clases de alimentos a precios bastante módicos y en distintos horarios, aunque la comida no siempre era de óptima calidad. En la época en que yo estudié, había siempre la posibilidad de comer fuera o preparar los alimentos en casa. Lo primero se reservaba para una ocasión especial y con respecto a lo segundo, yo tenía en mi casa productos tales como: yogurt, pan negro, mantequilla, mermelada, queso y una especie de mortadela para desayunar. Por supuesto nunca faltaba el *chai*. En invierno, los productos se colocaban en una red y ésta se colgaba por fuera de las ventanas para su conservación. Ese era nuestro “refrigerador”. Aprendí a preparar comidas rusas muy básicas como las famosas *catletas* que eran una especie de hamburguesa que combinaba generalmente con puré de papa y pepinillos.

Existían comedores llamados “obreros”, donde los estudiantes solíamos comer con relativa frecuencia por sus precios accesibles y la variedad de sus menús. La primera vez que asistí lo hice invitada por un compañero ruso, quien me recomendó algunos de los platillos. Formada con charola en mano, observé las grandes ollas de caldos hirviendo, en las que flotaba una sustancia viscosa y blanca: grasa pura y gelatinosa que la cocinera removía una y otra vez. Recuerdo que sentí náuseas y una especie de parálisis de la cual sólo los gritos de la despachadora me hicieron reaccionar. Ese día no probé bocado, pero meses más tarde, en lo más crudo del invierno, comí la grasa sin remordimiento alguno agradeciendo que así pudiera entrar en calor.

Comprar los insumos para la preparación de las comidas así como otros productos necesarios para la vida diaria, implicó también aprender la dinámica de las eternas filas, que reflejaban de alguna manera la problemática de la economía socialista. Esperar en la fila se convirtió en parte de mi vida. Nos organizábamos entre amigas, hacíamos turnos, teníamos la información de cuándo y en dónde llegaban: las naranjas de Egipto, los zapatos de Rumania, los vestidos de Yugoslavia, las manzanas de Moldavia, el papel del baño y muchas otras cosas más. Se volvió una obsesión preguntar ¿qué llegó?, ¿qué se vende? Había personas que te contestaban que no sabían, pero lo que fuera estaba bien. Me aficioné como la mayoría, a llevar siempre conmigo una bolsa de tela doblada por si había algo que comprar en el camino.

Los campamentos de descanso y de trabajo

En enero de 1985 después de la temporada de exámenes, salimos en tren hacia Leningrado, hoy San Petersburgo, para las vacaciones de invierno. Conocer esta ciudad representó para mí un gran impacto por su belleza arquitectónica y su riqueza cultural. Aunque me hubiera gustado quedarme ahí todo el tiempo para disfrutar con calma de sus museos y exposiciones, nos desplazamos más hacia el norte a una pequeña localidad que hace frontera con Finlandia, donde la Universidad tenía un espacio de esparcimiento y descanso.

El campamento se conformaba de pequeñas cabañas, muy rústicas, pero bien acondicionadas para soportar temperaturas de 25 grados bajo cero. La comida era muy buena, los paisajes maravillosos y se organizaban juegos de mesa que se combinaban con actividades al aire libre como esquiar y caminar por los bosques de abetos y coníferas. Esa temporada la recuerdo





como en sueños, y seguramente es así porque pasé mucho tiempo durmiendo. Entendí cabalmente lo que significa la hibernación para un oso y eso hice: comer, leer, escribir cartas, hacer paseos breves y largas siestas que entre otros efectos, produjeron que aumentara considerablemente de peso. Lo que describo pareciera una situación deseable y placentera, sobre todo después del periodo de exámenes, y para mí, en términos generales lo fue. No obstante durante los crudos inviernos, como resultado de la falta de luz, vi a varias compañeras y compañeros que enfrentaron procesos de depresión severos y aunque en la mayoría de los casos salieron adelante, hubo quienes enfrentaron situaciones más complicadas; por ejemplo, algunos de ellos tuvieron que pasar primero temporadas largas en el hospital, y después fueron mandados de regreso a sus casas.

Para los meses del verano el campus universitario se iba quedando solo y los estudiantes tomaban distintos destinos. Unos se iban a trabajar a Siberia o a algún país de Europa Oriental. Habían solicitado con anterioridad los permisos necesarios para trabajar y ello implicaba una entrada de dinero que complementaba los ingresos de la beca. Otro destino de veraneo eran las playas rocosas del Mar Negro, donde se disfrutaba del mar, pero sobre todo del sol.

Para el verano de 1985, y como resultado de reuniones políticas con organizaciones revolucionarias, yo me apunté en las cuadrillas de trabajo voluntario y solidario para apoyar a la Revolución Nicaragüense. No obteníamos paga alguna y todo el producto de nuestro trabajo se destinaba a comprar bienes y productos para la revolución. Me trasladé conjuntamente con otros estudiantes de diferentes países a una zona rural de Moldavia, para desarrollar trabajos en el campo, particularmente en la cosecha de jitomate. Vivíamos en galerones, dormíamos en catres y hacíamos nuestras necesidades fisiológicas en rústicos excusados o en pleno campo. Estábamos organizados para atender distintas tareas de limpieza y en la cocina; se entiende que esto último era después de laborar de 6 a 8 horas en el campo. No aguanté más que la primera semana. Me dolía todo el cuerpo, y después ya no pude levantarme por un severo dolor en la espalda, como resultado de estar agachada tantas horas en la recolección del jitomate. Fui relevada por “cuestiones de salud,” y me asignaron funciones en la cocina como pelar papas, zanahorias y lavar trastes. Todo iba bastante bien hasta que la cocinera encargada, una mujer moldava de casi 1.75 metros, me pidió que le ayudara a matar un cerdo para la cena de cierre. Me negué rotundamente, y preferí volver al calvario de los jitomates. Fui reportada al encargado del campamento por desobediencia, y gracias a la intervención de los propios compañeros “nicas”, solamente hubo una reprimenda mínima y volví a los campos, pero esta vez con la tarea de llevar las cubetas de jitomates a los camiones, para luego ser colocados en su empaque final.

A principios de septiembre de 1985 regresé a Moscú feliz, más delgada, requemada por el sol, muy entusiasta por iniciar mi segundo año en la universidad. Me sentía más adaptada, más convencida de que la decisión de viajar a la URSS había sido la correcta. La estancia en Moldavia me había dejado experiencias invaluable. Para estas fechas me podía comunicar en ruso y ello me daba seguridad e independencia. Sin embargo vientos funestos llegarían, primero con la noticia devastadora del terremoto del 19 de septiembre que afectó severamente la ciudad de México, y después, en 1986, con la explosión en la planta nuclear de *Chernobyl* en Ucrania.





El regreso: julio, 1986

Después del segundo año, había la posibilidad de regresar a casa por un periodo vacacional que correspondía a los meses de verano. Yo no había considerado tan atractiva opción, sobre todo porque el boleto era muy caro y no contaba con los recursos necesarios. Así que me convencí de que lo mejor era esperar hasta el siguiente año. A mediados de junio, una visita sorpresiva de una amiga de mi hermana, sin embargo, cambió mis oportunidades. En un pequeño sobre que me entregó, mi hermana Silvia me mandaba dólares y un escrito muy breve, pero cariñoso, felicitándome por mi cumpleaños y animándome para que viajara a México. Aunque de forma tardía y padeciendo los laberintos de la burocracia soviética, logre tramitar el ansiado permiso de salida, sin el cual no hubiera podido comprar el boleto. Muy contenta por el inesperado e inminente viaje, compré algunos regalitos y a principios de julio partí hacia la ciudad de México. Mi madre y hermanos me recibieron con la desgarradora noticia de la muerte de mi padre, ocurrida justo un año antes, en julio de 1985. La decisión familiar de no avisarme, me dejó doblemente dolida y sin el ánimo de vivir. Nunca regresé a la Unión Soviética.

